

traordinaria falta de documentación, de método y de estilo, está en «Valle de Arán» del señor Clarasó.

El libro quiere ser, mejor dicho es, lo que se llama una Guía; Guía que para los que no conocemos personalmente en detalle el Valle de Arán, no sabemos el valor que puede tener en cuanto a sus itinerarios; pero nos lo imaginamos, ya que si nos dice el autor que la Guía de Julio Soler le hizo un gran servicio en sus excursiones, «a pesar de los errores que contiene» y se lamenta no pudiera tener entonces el libro que ahora ofrece a los demás, añade en cambio que la descripción de los itinerarios tiene interés sólo para los novatos, puesto que a los que han destrozado un par de zapatos en las cumbres, les interesan sólo los mapas «y desde luego los mapas incluidos en este libro». Ello nos hace temer mucho por el valor de los itinerarios, cuando lo más importante que son los mapas, según confesión propia, tienen una tan escasa precisión, como después habremos de examinar. Vienen luego en la obra unas ideas geográficas generales a la que no son del todo ajenas las del libro no citado de Julio Soler y si bien no debe darnos detalles técnicos florísticos en un capítulo de una guía, como cuida de subrayar el autor, bien estarían algunos más datos, sencillos, pero significativos, para el que indica ha recorrido estas montañas herborizando. Siguen unos consejos, anécdotas y comentarios más o menos adecuados, que poca falta le hacen a una Guía que se publica en una colección de este tipo, y para los cuales emplea 49 páginas de las 68 que tiene la Introducción y otras 18 al final del libro.

Pero lo mejor es el comentario que dedica a los mapas; téngase en cuenta que el autor nos ha dicho en la página 2 que al montañero sólo le interesan éstos y no la Guía y desde luego los suyos; pero en la 61 indica que no existen mapas detallados y que juntando varias hojas de los del Ministerio del Interior francés se puede obtener uno de conjunto bastante preciso, «aunque para el conocimiento de la montaña, sería mejor un mapa de contornos de cordilleras con las cumbres marcadas y con todas las indicaciones precisas, como cabañas, pasos practicables, alturas, heleras, lagos, corrientes, vegetación, etc. El mapa que acompaña este libro, completado y perfeccionado, podría bastar para seguir esta región con seguridad».

Es lástima que un montañero tan ilustre, que se las da de listo en todas las páginas del libro y que concede tanta importancia a la cartografía, no se haya preocupado de buscarla mejor para su trabajo; si así lo hubiera hecho, además del mapa Schrader que sirvió de base al de la segunda edición de la Guía de Julio Soler y éste probablemente al del señor Manuel Clarasó, habría encontrado el publicado por la Institución Catalana de Historia Natural en 1934, a escala 1: 100 000 ejecutado por J. Closas Miralles a base de la cartografía existente en la época, con curvas de nivel de 100 metros de equidistancia; pero sobre todo habría conocido las hojas correspondientes del mapa 1: 50 000 del Instituto Geográfico y Catastral, en el que los datos son aún más precisos, con curvas cada 20 metros y en el que aparece el bosque, que interesa al señor Clarasó, señalado en fondo verde. Con éstos, mejorando algún aspecto toponímico del 50.000, cosa fácil para un conocedor del país, habría podido completar y perfeccionar el suyo que en cambio sólo tiene señalados los principales cursos de agua y líneas de cresta, picos, puertos y núcleos de población, sin ningún carácter morfológico. Además no indica la escala a que está dibujado, ni tiene caminos que incluye el de la segunda edición de la Guía de Julio Soler (solamente la carretero de Port de la Bonaigua a Canejan, en el que criticamos) y aunque existen aparte gráficos de itinerarios y en ellos pone algunos líneas sin signos convencionales, que probablemente indican caminos, es criterio general ser conveniente señalarlos incluso en mapas de conjunto de la escala del que comentamos, que parece ser a 1: 100 000.

Con lo aquí someramente indicada, quedamos relevados casi de criticar el horrible e impreciso dibujo del mapa (llamémosle así) Clarasó; evidentemente no es obligación del escritor saber dibujar, pero si lo es y del editor, no publicarlo de esta forma y a lo menos puede encargarlo a un dibujante; de esta manera no puede que-